

Lo que queda de mí

Mónica Conde



Mónica Conde

LO QUE QUEDA DE MÍ

Serie En Secreto #1

Título de la serie: En secreto
Título del libro: Lo que queda de mí.
© Mónica Conde. 2017.
Maquetación: Mónica Conde.
(@miss_mconde)
Diseño de portada: María José Sánchez.
(@cothesanchezartist)
Correctora: Marta Ubillos
1ª edición.
Todos los derechos reservados.

*A mis abuelos.
Por enseñarme a amar sin límites,
a soñar sin cerrar los ojos
y a volar sin extender las alas.*

Índice

- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Capítulo 22](#)
- [Capítulo 23](#)
- [Capítulo 24](#)
- [Capítulo 25](#)
- [Capítulo 26](#)
- [Capítulo 27](#)
- [Capítulo 28](#)
- [Capítulo 29](#)
- [Capítulo 30](#)

Capítulo 1

En ocasiones, tendemos a agrandar los problemas y a pensar que las únicas personas en el mundo con dificultades, somos nosotros. Es entonces cuando la vida tiene esa extraña manera de darnos una lección y lanzarnos de bruces contra la realidad. Así es como Mollie Preston despierta una inusual y calurosa mañana de junio en Londres.

Pese al idílico marco que le rodea, no parece ser el mejor día para la abogada. La rubia, entrada en la treintena, tiene uno de esos días en los que la mejor idea parecía haber sido no salir jamás de la cama. Para empezar, su hija pequeña no le ha dejado pegar ojo, la cafetera se ha estropeado y no ha podido tomar su indispensable café para aguantar jornadas maratonianas de trabajo y niñas. Y, por si fuera poco, la niñera de su hija mayor ha contraído una extraña gripe, que más bien suena a resaca de fin de semana. Así que Mollie, tendrá que desviarse hoy y acercarse ella misma a su hija a su último día en el campamento de verano.

□ Mamá – reclama Kara a su madre. – ¿Podemos leer este libro mientras desayuno? – pregunta mostrando un ejemplar algo especial.

□ ¿De dónde has sacado eso, Kara? – pregunta Mollie extrañada, quitándole el libro de las manos con la única que tiene libre. Con la otra, sostiene a la pequeña y prepara el desayuno de sus hijas. – Esto no es un libro, es un diario. ¿Quién te lo ha dado?

□ Lo he cogido de tu habitación – se excusa Kara sin inmutarse.

□ ¿No sabes que no se puede hurgar en las cosas de los demás? Un diario es algo privado, Kara. No puedes leer los sentimientos de otra persona sin su consentimiento.

- ¿Has escrito tú ese diario?
 - No, no es mío. Es de... de otra persona.
 - Entonces tú también te estás inmiscuyendo en los sentimientos de alguien – reta a su madre.
 - Puedes hacerlo si la persona que los ha escrito te da permiso. A mí me lo regaló tu abuela.
 - ¿La abuela ha escrito ese diario?
 - Lo cierto es que no lo sé.
 - ¿Y quién se lo ha dado a la abuela?
 - Kara, podrás leerlo cuando seas mayor.
 - ¿Y por qué no ahora? ¿Lo has leído tú?
 - No, yo no lo he leído aún. Venga, siéntate y empieza a desayunar. No tenemos mucho tiempo.
 - ¿Vas a llevarme tú hoy al campamento? – pregunta extrañada.
 - Sí, Kara. Natasha está enferma, así que no tenemos tiempo para un plan B.
 - ¿Por qué no me lleva Stella? – propone.
 - Kara, empieza a desayunar – le ordena imperante. – Stella está de viaje hasta el jueves, ya lo sabes.
- Mollie ha pedido un taxi que las recogerá en la calle principal. Se asegura de que tienen todo lo necesario y baja al portal con su hija de doce años. Camina apresuradamente subida en sus altos tacones por Wapping High mirando a su hija mayor.
- Kara, ¿te cuesta mucho sonreír un poquito? A mí tampoco me apetece llevarte al colegio precisamente hoy, pero no tenemos alternativa.
 - Es la única cara que tengo, mamá. No puedo poner otra a las ocho de la mañana.
 - ¿Ni siquiera puedes hacer un esf...? – le estaba diciendo a su hija en el preciso instante en que siente algo blando y pegajoso bajo sus Louboutin. – ¡¡Aarggg!! ¡Lo que me faltaba! – exclama mirando el excremento que hay en la suela de sus zapatos. Ante esto, Kara no puede evitar soltar una carcajada mirando a su madre. – ¡Ah! Esto sí te hace

reír, ¿verdad? Bueno, por lo menos has enseñado esos preciosos dientes, que lo mío me están costando...

□ ¿Vas a venir también a recogerme? – se interesa Kara desanimada.

□ No sé cómo voy a hacerlo. Tengo que organizarme y llamaré a la profesora Collins para informarla. Tú espérame en la puerta a las cuatro, ¿de acuerdo?

□ Sí – accede su hija.

□ Buenos días – saluda al taxista una vez las recoge. – Al 9 de Parsons Green. Vamos un poco mal de tiempo, así que si nos deja ahí en menos de diez minutos le pago el doble de lo que marque el contador.

□ Lo que usted mande, señora – responde el taxista justo antes de apretar a fondo el acelerador.

□ ¡Madre mía! ¿Es usted el doble de Vin Diesel? ¡Parece que se haya escapado de *Fast & Furious!* – le susurra a su hija al oído.

□ Mamá, ¿por qué te dio la abuela ese diario?

□ A veces, las madres tenemos que dar lecciones a las hijas para que estas aprendan el significado de ciertas cosas que no alcanzaríamos a explicar con palabras. Así que para ello, utilizamos otros medios que hablan por sí solos. Creo que la abuela quería que aprendiera algo a través de ese diario, algo que quizás ella nunca haya podido mostrarme.

□ No he entendido nada de lo que me has dicho. Pero... ¿por qué no lo has leído entonces si es tan importante para la abuela?

□ No tengo tiempo, Kara. Me gustaría poder leerlo, pero no tengo tiempo ni para recogerte del colegio. ¿Quieres contarme cómo voy a leer el diario de alguien a quien ni siquiera conozco?

□ ¿Por qué no imaginas que son deberes? Los deberes no los puedes posponer o te castigan. Tú misma lo dijiste.

□ Vale, lo tomaré como unos deberes. Ahora tus deberes son portarte bien y esperarme a la salida, ¿de acuerdo?

Si no puedo venir a recogerte, alguien acudirá. Dame un beso – se despide de su hija antes de dejarla en el colegio y pedirle al taxista que le acerque también a ella a la oficina.

Dicen que las mejores cosas son aquellas que no se planean. Mollie, desesperada, cree haber agotado todas las opciones cuando una visita esa misma tarde, como un milagro caído del cielo, le salva.

Al llegar a casa, una vecina entrada en los ochenta se acerca a su puerta.

- Kara, ¿puedes abrir, por favor?

- Es la señora de al lado, mamá – informa su hija minutos después. – Quiere hablar contigo.

- ¡Mierda! ¡Se me ha quemado la pizza! – se lamenta tratando de disipar el humo que sale del horno. Se deshace del delantal y acude a recibir a su vecina. – Señora Miller, ¿en qué puedo ayudarle?

- Traigo algo de cena que me ha sobrado – indica la anciana mostrándole una deliciosa lasaña. Solo con el olor, Mollie podría alimentarse. Seguro que no habían sido sobras de ninguna cena. Rose Miller es una anciana que vive a dos puertas de la casa que Mollie y su pareja se habían comprado cinco años atrás. Siempre se mostraba amable y trataba a las chicas como si fueran parte de su familia. – Además, un pajarito me ha dicho que alguien necesita que cuiden de Kara. Sé que estás muy ocupada en el trabajo y nada me gustaría más que quedarme con la pequeña – sonríe la señora Miller.

- Pero... no creo que eso sea...

- ¡Me encantaría! – le corta ella.

- Kara está en una edad difícil, señora Miller. Puede que...

- Seguro que sabremos entendernos. Por favor, déjame ayudar.

- Está bien – acepta tras unos segundos de duda. – Tampoco tengo otra opción.

Mollie intenta explicar a su hija mayor que quedarse con la señora Miller puede no ser el plan más apetecible, pero desde luego es el único que hay.

- Kara, por favor. Compórtate, ¿quieres?

- Pero va a ser aburrido, mamá. Es vieja...

- ¡Hija, eso no son modales! Quiero que seas amable con la señora Miller y quiero que te portes bien con ella. Por favor, cariño, es la única alternativa que tenemos – le suplica agachándose para ponerse a su altura. – Prométeme que vas a ser buena con ella e iremos a comer helado a la playa en cuanto termine esto. Kara... – insiste tras no obtener respuesta.

- Está bien... Te lo prometo, mamá.

- ¡Esa es mi niña!

Al día siguiente, Rose Miller acude a su cita con los Preston y llama a su puerta. Mollie recoge a Aileen, su hija pequeña y con ella en brazos se despide de Kara y de la señora Miller.

- Señora Miller, no tiene que hacerlo, de verdad – repite desde el hall.

- ¡Anda, ve a dejar a la niña y a trabajar! No te preocupes por nosotras, estaremos bien.

- De acuerdo. Se lo pagaré, señora Miller. ¡Es usted mi ángel de la guarda!

La señora Miller y Kara se quedan a solas y un silencio abrumador se cuela junto a ellas en el salón. Durante un rato, miran a todas partes, pero ninguna sabe qué decir. Entonces, la señora Miller trata de romper el hielo.

- Bueno, Kara, ¿qué sueles hacer cuando te quedas con tu niñera? – se interesa.

- Tash siempre juega conmigo, pero creo que eso usted no puede hacerlo... – se sincera mirando a la anciana. – A veces también me lee las historias de sus libros – añade intentando aportar algo útil.

- Me parece una idea estupenda. ¿Tienes algún libro que quieras que leamos? – lo intenta Rose.

- Mmm... En realidad no.

- ¿Por qué no buscas algún libro que quieras que leamos juntas y lo traes? – propone la anciana.

- Bueno... – acepta. Kara corre a su cuarto y vuelve rato después con un libro antiguo con las solapas gastadas. – El otro día encontré esto en el cuarto de mamá. Creo que es un diario. Ella no me deja leerlo, dice que son los sentimientos más profundos de alguien y que no debemos hurgar en la intimidad de la gente. Pero la abuela se lo dio para que comprendiera no sé qué y ni siquiera sabe quién lo ha escrito. ¿Usted cree que podemos leerlo?

- Vamos a intentarlo. Seguro que quien lo escribió no va a molestarse. Si lo ha entregado a alguien en lugar de quedárselo es porque no le importa que alguien más lo lea. Puede que quisiera compartirlos. Déjame verlo. Siéntate aquí – indica mostrándole a Kara un asiento junto a ella.

Kara toma asiento junto a la anciana y esta comienza a leer con pasión.

Capítulo 2

2 de julio de 1939.

Era un mes de julio especialmente caluroso en Liverpool y el sol se reflejaba en mis ojos castaños. Pasmada en el andén de la estación, esperaba inquieta la llegada de mi reciente marido, Henry Aldridge, quien acababa de finalizar sus estudios en la Universidad de Oxford. Nos convertimos en marido y mujer el pasado invierno, pero Henry regresó a Oxford unos días después y desde entonces, apenas nos habíamos visto.

Mis piernas temblaban como si fuera la primera vez que fuéramos a vernos. Llevaba tanto tiempo esperando ese momento, que no podía creer que fuera a tenerle por fin junto a mí para siempre. Ya no habría más viajes, no habría millas de por medio, ni nada que pudiese separarnos nuevamente.

Abbie y yo llegamos unos minutos antes de la llegada del tren. Creo que eso hizo que me pusiera aún más nerviosa. Esperar en aquel andén me mantuvo en vilo durante unos minutos interminables que se tornaron horas para mí.

- ¡Deja de mover las piernas de ese modo, Lexie! Parece que te estés orinando encima – bromeaba mi hermana pequeña.

- ¡Oh, cállate, Abbie! ¡Muero de ganas por verle! – exclamé imaginando cómo habría cambiado Henry desde la última vez que le vi. Es cierto que la universidad le había vuelto aún más culto y sofisticado y, sin duda, eso le hacía parecer todavía más atractivo.

- Sí, de verle y de que te convierta en mujer de una vez – reía ella de forma divertida.

- ¡No seas grosera, Abbie! ¡Ni siquiera deberías hablar de eso hasta que no seas mayor de edad! – protesté indignada. Sin embargo, algo me hizo pensar en las palabras de la pequeña Abbie, ya no tan pequeña. Desde que Henry y yo contrajimos matrimonio, no habíamos tenido siquiera ocasión de hacer el amor. No es que eso me preocupase en exceso, pero si nos demorábamos mucho puede que la gente comenzase a pensar que estaba seca y no quería que eso ocurriese. Yo quería tener hijos, como todas las mujeres de mi edad. Quería al menos uno, aunque Henry prefería tener más de dos, pero aún no habíamos tomado ninguna decisión concreta respecto a eso. Tendríamos que hablar seriamente de ello en las próximas semanas.

- Está bien, ya me callo. Pero mi silencio no hará que dejes de ser virgen, hermanita. Deberías hacer algo para cambiarlo, algo más que imaginarlo.

La sirena interrumpió nuestra conversación, para mi fortuna, y anunció la llegada del siguiente tren. Era el tren de Henry y Callum. Henry avisó que vendría con un compañero americano de la universidad a pasar el verano en casa. Ambos habían establecido una estrecha relación durante el periodo universitario y querían festejar el fin del mismo por todo lo alto.

Me levanté de golpe y observé detenidamente cómo el tren entraba en la estación. Algo dentro de mí dio un vuelco. Sentí que mi estómago encogía y tragué saliva. Un nudo se ató en mi interior y apenas podía respirar. Las piernas comenzaron a temblarme y parecía que no fueran a aguantar el peso de mi cuerpo y quebrarse. Intenté tranquilizarme, tomé aire profundamente, respiré hondo e inspiré varias veces. Henry no podía verme de ese modo o pensaría que era lerda. El tren llegó hasta el fondo del andén y, a continuación, al fin se detuvo.

Enfundada en mi mejor vestido, con el pelo recogido en una larga coleta y los labios perfectamente dibujados con

carmín rojo, esperaba impaciente a mi marido. Trataba de zafarme del sol colocando la mano sobre mi frente e intentaba vislumbrar la cara de mi marido tras las cristaleras de los vagones. No podía ver nada, pero sabía que él podía verme a mí, así que sonreí expectante. La puerta se abrió y decenas de personas comenzaron a descender de los vagones y abrazaban emocionadas a aquellos que les esperaban en el andén. Yo miraba a unos y otros sonriente, sin quitar ojo de las puertas de las que debía salir, también, mi marido Henry. Decenas y decenas de personas abandonaban los vagones portando enormes equipajes, pero ninguno de ellos era Henry. ¿Acaso habría perdido el tren? No, eso no era posible. Henry avisó de que vendría en ese tren, tenía que estar en él y llegar a Lime Street a las 11.47. Tenía que estar allí.

- Lexie – me susurró Abbie al oído.

Miré donde me indicaba su cabeza. ¡Allí estaba! ¡Era Henry sobre las escaleras de uno de los vagones! En su mano izquierda portaba su equipaje, en la derecha un precioso ramo de rosas y en su bello rostro una enorme sonrisa. En menos de dos segundos eché a correr y me tiré a sus brazos.

- ¡Henry! – exclamé radiante de felicidad mientras le abrazaba y besuqueaba. – Pensé que ya no vendrías.

- ¿Cómo no iba a venir, Lexie? ¡Moría por verte, amor! – me confesó antes de darme, durante uno segundos, otro romántico y apasionado beso. – ¿Recuerdas que te hablé de Callum? – indagó justo antes de hacerse a un lado. Del mismo vagón del que había descendido Henry segundos antes, un apuesto joven se hizo paso. Su pelo moreno y su penetrante y oscura mirada hicieron mi cuerpo estremecer. Así que aquel era el joven que se iba a entrometer en mi luna de miel, del que deberíamos hacer de niñeras todo el verano...

- Callum Hetfield. Encantado de conocerte, Lexie – comenzó muy amablemente. – Henry no ha dejado de hablar de ti en todo este tiempo. Siento como si te conociera de toda la vida – sonrío sin dejar de mirarla.

- Lo mismo digo – saludé tratando de ser educada.

- Yo soy Abigail Buckley. Abbie, la hermana de Lexie – intervino también mi hermana con una inquietante sonrisa. Conocía a mi hermana y sabía bien lo que pretendía. En pocos días cumpliría la mayoría de edad y parecía estar haciendo un concurso para ver con qué caballero se comprometería.

Volví mi vista hacia Callum. Había algo en él por lo que no podía mirar a otra parte. Su aspecto duro, su oscuro cabello y sus marcadas facciones contrastaban con el chico que tenía al lado. Su constitución atlética y su barba de unos días le hacían parecer mayor que él, a pesar de ser ocho meses menor. Henry a su lado se veía algo enclenque, pese a que no lo estaba en absoluto. Sus ojos azules y su cabello dorado le hacían parecer más dulce si cabe al lado de su amigo estadounidense.

Los cuatro juntos fuimos a comer a un restaurante en London Road. Tomamos asiento junto a la ventana y conversamos durante un rato.

- ...así que por fin somos licenciados. Tendremos que salir a celebrarlo, ¿no? – admite Henry sonriente. – ¿Qué os parece si vamos a bailar esta noche? – propuso mirándonos a los tres, esperando una respuesta.

- No creo que mamá me deje salir por la noche aún. Pero en unos días podré hacer todo lo que quiera – aseguró Abbie con una gran sonrisa. En pocos días cumpliría la mayoría de edad y estaba convencida de que ese día todo cambiaría, como si fuese a convertirse en una adulta de un día para otro.

- Bueno, ya nos encargaremos de eso. ¿Vosotras queréis venir? – insistió de nuevo con una sonrisa.

- Henry... – intervine.